

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.)

LA PESCA.

POEMA.



VERACRUZ—PUEBLA.

LIBRERÍAS "LA ILUSTRACIÓN."

1885.

0103-43460



1020114359

BIBLIOTECA

PQ6550

P4



COMITÉ LINGÜÍSTICO

Ernesto García



LA PESCA.

BIBLIOTECA

I.

¡Cuántas veces sentado en tu ribera,
 ¡oh mar! como si oyera
 la abrumadora voz de lo infinito,
 ha despertado en la conciencia mía
 honda melancolía,
 tu atronador, tu interminable grito!

II.

Todo enmudece y cae en el misterio:
 el poderoso imperio
 que la tierra asoló con sus batallas;
 hasta los dioses que de polo á polo
 temidos son; tú sólo
 sientes rodar los siglos, y no callas.

I

32202

III.

No caíes, y hasta el alto firmamento
sobre tu ronco acentto,
y cuando revolviéndote en ti mismo
ruges furioso, en tus entrañas late
el horror del combate
que empeña el huracán con el abismo.

IV.

Sólo alcanza poder tan soberano,
el pensamiento humano
como tú grande, como tú profundo,
que alzando sin cesar su voz de trueno,
forja en su ardiente seno
las glorias y catástrofes del mundo.

V.

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!...
¿Qué hiciste de las naves
con que surcó tu inmensidad la aciaga
y trágica ambición? ¿Adónde han ido?
Con el mortal olvido
tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

VI.

Todo parece en tí sin dejar huella:
el barco que se estrella
contra el peñón, la armada que devoras,
los continentes que iracundo invades,
las sordas tempestades
que avanzan en tus olas bramadoras.

VII.

La tierra, en cuyo seno te reclinás,
mantiene en pie las ruinas
que las ciegas catástrofes dejaron.
Tú, con desdén soberbio, las rechazas:
por tí pueblos y razas
como sombras efímeras pasaron.

VIII.

El furor de los tiempos, que venciste,
sólo tu voz resistió:
tu acento fué, como clamor de guerra,
el que la humanidad oyó primero,
¡ay! y será el postrero
que en su agonía escuchará la tierra.

IX.

Pero más, mucho más que cuando inmolas
 y abismas en tus olas
 la insolencia del fuerte á quien humillas,
 mi espíritu conturbas y enajenas
 con las tristes escenas
 que esparcen el terror en tus orillas.

X.

No lejos de un peñón agrio y salvaje
 que con recio oleaje
 el cantábrico mar bate y socava,
 al través de los árboles blanquea
 casi ignorada aldea,
 sobre la costa inabordable y brava.

XI.

Mirando al mar, de frente al Oceano,
 que sacudiendo en vano
 la roca estéril sin cesar se agita,
 el horizonte corta y se alza enhiesta
 sobre la calva cresta
 del picacho granítico, una ermita.

XII.

¡Con qué placer la gente pescadora,
 que al despuntar la aurora
 por entre escollos á la mar se lanza,
 del sol poniente al último vislumbre,
 ve lucir en la cumbre
 aquel faro de amor y de esperanza!

XIII.

Cuando, salvo de innúmeros azares,
 torna á los patrios lares
 el marinero audaz ¡con qué alegría,
 con qué ferviente fe, descalzo y roto,
 corre á colgar su voto
 en aquel pobre templo de María!

XIV.

¡María! que del piélago y del alma
 las tempestades calma;
 que recoge en sus brazos y consuela
 al náufrago del mar y de la vida,
 Bálsamo á toda herida,
 puerto á toda aflicción. *¡Maris stella!*

XV.

Desde el peñón desnudo y solitario
 que el blanco santuario
 con su apacible majestad abruma,
 contempla por do quiera la mirada
 la costa acantilada
 donde se estrecha con fragor la espuma.

XVI.

Y al diltarse por el mar, divisa
 en la línea indecisa
 do se juntan las nubes y las olas,
 raudo vapor, que con la crin al viento,
 acelera el momento
 de arribar á las costas españolas.

XVII.

Luégo, á medida que la luz desmaya,
 con rumbo hácia la playa
 cuyos contornos borra la neblina,
 se ven llegar las pescadoras naves,
 como tímidas aves
 que al nido vuelven cuando el sol declina.

XVIII.

El faro, al descender la noche oscura,
 en la empinada altura
 de negro promontorio centellea,
 y su destello intermitente oscila,
 cual la roja pupila
 de un Titán, que en las sombras parpadea.

XIX.

Están, desde la cúspide del monte,
 el mar y el horizonte
 á la absorta mirada siempre abiertos,
 y al otro lado, en la vertiente opuesta
 de la escarpada cuesta
 reclinado el lugar entre sus huertos.

XX.

Silvestres hayas y robustos pinos
 de los cerros vecinos
 orlan y ciñen la brumosa frente,
 por cuyas quiebras rueda y se desata,
 como líquida plata,
 el sonoro raudal de alguna fuente.

XXI.

Y allí, donde de pronto se despliega
 la pintoresca vega,
 siguiendo los contornos desiguales
 de la verde montaña, resguardado
 por el peñón tajado
 de recios y furiosos vendavales;

XXII.

bajo el amparo de la Iglesia santa,
 sobre la cual levanta
 sencilla cruz sus brazos redentores,
 sin que la sed de la ambición le aflija,
 humilde se cobija
 aquel pueblo de honrados pescadores.

XXIII.

Por entre los repliegues de una loma,
 rústico albergue asoma
 al margen de un arroyo cristalino,
 cuyo limpio caudal, abriendo calle
 por el fondo del valle,
 mueve después las piedras de un molino.

XXIV.

Fresca arboleda en sus orillas crece,
 y cuando el viento mece
 con leve impulso sus tupidas frondas,
 parece, reflejándose en el río,
 que el ramaje sombrío
 en el espacio tiembla y en las ondas.

XXV.

Junto al arroyo que lamiendo pasa
 las tapias de la casa,
 un joven pescador de piel curtida
 por el viento del mar, áspero y rudo,
 iba nudo por nudo
 recorriendo su red, al sol tendida,

XXVI.

para coger los puntos de la malla,
 que en su postrer batalla
 rompió, saltando el pez, vencido y preso
 en la jornada del pasado día,
 cuando la red crujía
 de la copiosa pesca bajo el peso.

XXVII.

Agraciada mujer, viva y morena,
 en la ingrata faena
 le acompañaba, y con secreto gozo,
 á menudo, ligera como el rayo,
 mirándole al soslayo
 orgullosa pensaba:—¡Es un buen mozo!—

XXVIII.

Y él, al fijarse, de impaciencia lleno,
 en el redondo seno
 que el ceñido jubón reprime y tapa,
 suspendiendo de pronto su trabajo,
 decía por lo bajo
 con aire vencedor:—¡Es que eres guapa!—

XXIX.

Entonces dibujándose indecisa
 en sus labios la risa,
 contemplábase, muda de embeleso,
 la dichosa pareja enamorada,
 y era aquella mirada
 una promesa, una caricia, un beso.

XXX.

Los dos nacieron para amarse. Es Rosa,
 como su nombre hermosa:
 arde en sus ojos de placer la llama.
 Su fresca boca, que al halago brinda,
 es dulce cual la guinda
 que el pájaro voraz pica en la rama.

XXXI.

No tiene la blancura de la nieve,
 que se deshace en breve:
 negros sus ojos son, negro el cabello.
 Competir en su rostro parecía
 la noche con el día;
 pero ¿acaso el crepúsculo no es bello?

XXXII.

Cayó en las redes de su amor cautivo
 Miguel, el más activo
 y arriesgado patrón de aquella playa,
 que ágil en el timón, fuerte en el remo,
 en el peligro extremo
 ni tiembla, ni se aturde, ni desmaya.

XXXIII.

Adiestrado en el ímprobo ejercicio
 de su penoso oficio,
 por la abierta camisa muestra el pecho
 de fuerte y musculosa contestura,
 no á la molicie impura,
 sino á las fieras tempestades hecho.

XXXIV.

Bajo su tosca y natural corteza
 oculta la nobleza
 de un corazón resuelto, pero sano.
 Tan sólo Rosa conquistó la palma
 de someter un alma,
 que no logró domar el Oceano.

XXXV.

Santificó su paz y su ventura
 la bendición del cura.
 Tres meses hace que al sagrado lazo
 la ya vencida voluntad rindieron,
 tres meses, que se dieron
 el primer beso y el primer abrazo.

XXXVI.

Nunca vió la cantábrica montaña,
 honor y prez de España,
 dos almas en sus gustos más unidas,
 ni con tan casto ardor el himeneo
 en un mismo deseo
 fundió dos corazones y dos vidas.

XXXVII.

En su hogar deslizábanse veloces
 las horas y los goces.
 Ignoraba los usos cortesanos
 su amor tan inocente como vivo:
 pero el beso furtivo,
 la franca risa, el apretón de manos,

XXXVIII.

el íntimo y verboso cuchicheo,
 semejante al gorjeo
 de alegres aves, el falaz desvío
 de que mimada joven alardea,
 sólo el tiempo que emplea
 en decir su amador:—¡Dulce bien mío!—

XXXIX.

la voz, el gesto, la expresión, el modo
de contemplarse, todo
trastornaba sus almas, pues ¿qué idioma,
por inculto que sea y por grosero,
para el amor sincero
no es tierno como arrullo de paloma?

XL.

Juntos en deleitable compañía
trabajan á porfía,
repasando la red, y tan molesta
como pesada operación sazona
la burla retozona,
la aguda chanza, ó la atrevida fiesta.

XLI.

Reconcentrados en su amor profundo,
¿qué les importa el mundo?
Los sueños de ambición dan al olvido.
A su cariño sin temor se entregan
y juegan, como juegan
los pájaros incautos en su nido.

XLII.

No lejos, en el término de un prado
donde manso ganado
con la hierba otoñal su gula aplaca,
la madre de Miguel, limpia y risueña,
tranquilamente ordeña
las llenas ubres de fecunda vaca.

XLIII.

Con frecuencia, á hurtadillas, clava en ellos,
tan jóvenes, tan bellos
y tan rendidos á su mutuo encanto,
los dulces ojos, que la edad apaga,
y por sus labios vaga
leve sonrisa, tierna como el llanto.

XLIV.

¡Con qué inefable paz la pobre vieja,
á quien tan sólo deja
vanas memorias la cansada vida,
con qué intenso y profundo regocijo
siente y ve en aquel hijo
reverdecer su juventud perdida!

XLV.

Él la hace recordar tiempos mejores,
 con sus castos amores,
 sus ansias, sus placeres y congojas.
 Es como tronco roto, que aún resiste,
 y el mes de mayo viste
 de nuevas ramas y de nuevas hojas.

XLVI.

Fijóse en ella embebecido el mozo,
 y desbordando el gozo
 que en sus plácidos ojos centellea,
 dijo, llamando la atención de Rosa:
 —Mírala qué hacendosa
 y entretenida está. ¡Bendita sea!—

XLVII.

—¿Qué puede apetecer? ¡Nos ve felices!—
 Rosa exclamó:—Bien dices.—
 Respondióla Miguel:—¡Quiéran los cielos
 para colmar la dicha de esa anciana,
 concederle mañana
 inocentes y hermosos netezuelos!—

XLVIII.

La joven, con el seno palpitante,
 mostrando en su semblante
 el vívido color de la amapola,
 al cuello se colgó de su marido,
 y murmuró á su oído
 una tímida frase ¡una tan sola!

XLIX.

Mas de poder tan penetrante y hondo,
 que removi6 hasta el fondo
 el alma de Miguel, como la ardiente
 lumbre del sol que las campiñas dora,
 hace, germinadora,
 estallar en el surco la simiente.

L.

—¡Madre! ¡madre!—gritó falto de aliento;
 y pronta al llamamiento
 con creciente ansiedad la anciana vino.
 —¿Qué es esto?—preguntó sobresaltada.
 —¿Qué es esto? ¡Pues es nada!—
 contéstole Miguel fuera de tino.

LI.

—¡Qué avanza mi ventura á toda vela!
 ¡Qué vas á ser abuela!
 ¡Qué mis sueños de amor alcanzo y toco!—
 Y hablaba cada vez menos tranquilo,
 levantándola en vilo,
 locuaz y descompuesto como un loco.

LII.

Por fin la anciana desasirse pudo
 del apretado nudo,
 y no vuelta del pasmo todavía,
 haciendo á Rosa malicioso guiño,
 con maternal cariño,
 —¡Ah bobo!—prorrumpió—¡sí lo sabía!

LIII.

Y no cabiendo el júbilo en su pecho,
 en íntimo, en estrecho,
 en entrañable abrazo confundidos,
 mezclaron sus sencillos corazones,
 anhelos, ilusiones,
 lágrimas, esperanzas y latidos.

LIV.

Como de la fortuna en el mareo,
 se anticipa el deseo
 con sus alas de rosa al bien distante,
 Miguel dijo soñando:—Si no muda
 el tiempo, y Dios me ayuda,
 la pesca del atún será abundante.

LV.

Se la consagro al niño, y con su importe,
 á Castro... ¡no! á la corte
 iré en seguida, y si en las tiendas hallo
 cosa de gusto, volcaré el bolsillo,
 y le traeré un hatillo
 de príncipe... ¡y un sable!... ¡un caballo!

LVI.

Y añadió enternecido, sonriendo:
 —¡Si casi le estoy viendo
 con su carita colorada y fresca,
 y sus gracias alegres y sencillas,
 sentarse en mis rodillas
 para escuchar los lances de la pesca!

LVII.

¡Verás cómo retoza por la playa
 cuando á buscarme vaya!
 Y cuando se acostumbre al lado mío,
 al olor del carbón y de la brea,
 ¡verás cómo gatea
 por los palos y arcias de un navío!

LVIII.

Será—siguió diciendo satisfecho,—
 un mozo de provecho,
 más resistente y firme que una entena.
 Iremos juntos, y se hará á mis mañas.—
 —¡Hijo de mis entrañas!—
 Rosa le interrumpió con susto y pena.

LIX.

¡Él, expuesto al peligro de los mares!...
 ¿No bastan los pesares
 que me afligen por tí? ¡Vaya un empeño!
 No lograrás vencerme, te lo digo,
 hartó sufro contigo
 sin que nueva inquietud me robe el sueño.—

LX.

—¡Bravo!—exclamó Miguel:—¡Famosa idea!
 Pues ¿qué quieres que sea?—
 Y mirándole Rosa con ternura,
 —¡Cura!—le respondió.—¡Cómo!—repuso
 el pescador confuso,
 —¡y un mozo tan cabal ha de ser cura!

LXI.

—¡Sí, sí! Para que ruegue noche y día
 á la Virgen María,—
 respondió con tiernísimo arrebato,
 —por cuantos mueren en la mar traidora,
 por la infeliz que llora
 su mísera viudez... y por tí ¡ingrato!

LXII.

—Pues no me harás cejar.—Ni á mí tampoco.
 —Vayamos poco á poco—
 dijo, cortando la incipiente riña
 la madre de Miguel.—Pues yo no paso
 por que apuréis el caso
 sin contar con el huésped. ¿Y si es niña?—

LXIII.

Quedóse el pescador mudo y perplejo:
 arrugó el entrecejo
 contrariado tal vez; pero de pronto,
 á compás de ruidosa carcajada
 prorrumpió:—Nada, nada,
 madre tiene razón! ¡Es que soy tonto!...

LXIV.

—Si es niña, ya sabéis, no la recibo,
 aun cuando sea el vivo
 retrato de mi adusta morenita.—
 Y con franca efusión abrazó á Rosa,
 que entre esquivá y gozosa
 dijo, evitando sus cariños:—¡Quita!—

LXV.

¿Quién ve tanta ventura indiferente?
 ¡Santa y perenne fuente
 del amor paternal, que en nuestro anhelo
 en misteriosas ondas repartida,
 para endulzar la vida
 y templar nuestra sed, bajas del cielo!

LXVI.

¡Sentimiento purísimo del alma,
 que turbas nuestra calma,
 y con ritmo jamás interrumpido
 despiertas los estímulos que duermen,
 haces vibrar el germen,
 subir la savia y palpitar el nido!

LXVII.

A tu voz la inmortal naturaleza
 suspende la fiera
 del oso huraño y del león hirsuto,
 y tu fuego vivaz que do quier arde,
 ímpetu da al cobarde,
 vigor al débil y razón al bruto.

LXVIII.

Todo, sujeto á inexorable norma,
 se muda, se transforma,
 y en este inmenso impenetrable abismo
 que la infinita variedad encierra,
 tan sólo tú, en la tierra,
 en el cielo y el mar, eres el mismo.

LXIX.

Pero ¡oh suerte importuna! En el momento
de su mayor contento,
asomando al través de los maizales
que encubren la vereda del molino,
un marinero vino
á turbar sus ensueños paternales.

LXX.

Era Roberto, amigo y camarad
de Miguel. Alma honrada
que á su pesar apasionado culto
consagra á Rosa; amor inofensivo,
pero punzante y vivo,
en lo más hondo de su pecho oculto,

LXXI.

—¿Ya vienes á buscarme? Es muy temprano.—
Con tono afable y llano
dijo al verle Miguel.—Bien se conoce
que tienes—contestó—la paz en casa,
y que el reló se atrasa
para quien vive á gusto. ¡Son las doce!

LXXII.

¿A qué esperamos, pues? El tiempo es bueno,
el cielo está sereno
y el mar tranquilo y manso. Con que puedes
calcular el aguante de tu malla,
pues hoy, ó todo falla,
van con la pesca á reventar las redes.

LXXIII.

¡No es lícito á los pobres el regalo!...
El año ha sido malo...—
—Cierto—Miguel repuso,—y necesito
no perder la ocasión, porque mi esposa...—
Iba á hablar; pero Rosa
dijo, abrazando al imprudente:—¡Chito!—

LXXIV.

—Si mi franqueza tu disgusto labra,
no diré una palabra,—
contestóle Miguel. Mientras Roberto
rendido al golpe de su ardiente pena,
contemplaba la escena,
lívido y silencioso como un muerto.

LXXV.

Quien en lo oscuro de su pecho esconda
 la herida viva y honda
 que sangra sin cesar, de un desdichado
 amor, y tenga para más tortura,
 el sueño de ventura
 que nunca logrará, siempre á su lado,

LXXVI.

quien de los celos pertinaces sienta
 la mordedura hambrienta,
 y finja indiferente y satisfecho
 ver su imposible bien en otros brazos,
 mientras quiere á pedazos
 el corazón saltársele del pecho;

LXXVII.

quien amando en silencio hasta el delirio,
 no tenga en su martirio
 ni aun el triste consuelo de la queja,
 podrá tan sólo comprender el fiero
 pesar del marinero,
 ante el placer de la gentil pareja.

LXXVIII.

Miguel de pronto profirió:—¡Al avío!—
 con desenvuelto brío
 la fuerte red plegando. Diligente,
 y según su costumbre cariñosa,
 iba á ayudarle Rosa
 cuando él le dijo amedrentado:—¡Tente!

LXXIX.

¡Por Dios! ¿Qué vas á hacer? Pues bueno fuera
 que un esfuerzo cualquiera...
 ¡No me des qué sentir! Y á más, te aviso,
 que hoy la felicidad me presta aliento.
 ¡Hasta capaz me siento
 de cargar con la barca, si es preciso!—

LXXX.

Entre risas, y plácemes y fiestas
 Miguel echóse á cuestras
 la recogida red, diciendo:—¡Vaya!
 Nada hacemos aquí.—Y él y Roberto,
 en íntimo concierto
 tomaron el sendero de la playa.

LXXXI.

Marchaba el ágil mozo con presteza,
 volviendo la cabeza
 á cada instante hácia su hogar cercano,
 desde donde en señal de despedida,
 la joven conmovida
 le mandaba sus besos con la mano.

LXXXII.

Y hasta que casi al fin de la jornada,
 su prenda idolatrada
 se internó en las revueltas del camino,
 no apartó, con dulcísima porfía,
 del rumbo que él seguía,
 ni el corazón ni el rostro peregrino,

LXXXIII.

viendo, no sin nublársela el semblante,
 cada vez más distante
 al dueño de su vida y de su casa;
 que la ausencia en amor, aun la más breve,
 cual nubecilla leve
 oscurece los cielos mientras pasa.

LXXXIV.

—¡Ah! ¿cómo no querele si es tan bueno!...—
 dijo oprimiendo el seno
 maternal, con tan blando y dulce nudo,
 que, de la dicha de su hogar ufana,
 la enternecida anciana
 contener una lágrima no pudo.

LXXXV.

En tanto, los alegres marineros
 perdiéronse ligeros
 tras un peñón que hácia la senda avanza,
 y al fin de cuya estrecha cortadura
 la indómita llanura
 del vasto mar á descubrir se alcanza.

LXXXVI.

Desde allí se divisan de repente
 su grandeza imponente,
 su augusta calma ó su furor sublime,
 y con su regia majestad á solas,
 óyese de sus olas
 la voz tonante que amenaza ó gime.

LXXXVII.

En coloquio jovial entretenidos
 van, de la mano asidos,
 hácia donde á merced de la marea
 que su ancha curva en las arenas raya,
 cual reina de la playa
 la barca de Miguel se balancea.

LXXXVIII.

¡Qué es verla, al separarse de la orilla,
 con atrevida quilla
 surcar graciosa el líquido elemento,
 y mar afuera, inquieta y juguetona,
 tender la blanca lona
 á las caricias pérfidas del viento!

LXXXIX.

¡Que es ver cómo al peligro se aventura,
 cuando la sombra oscura
 se precipita sobrè el mar de Atlante!
 Y cuando viento duró el golfo riza,
 ¡qué es ver cuál se desliza
 por la espalda ondulosa del gigante!

XC.

Nunca el riesgo imprevisto la acorbada,
 y hiende tan gallarda
 la inmensidad del pielago bravío,
 que no deja tras sí, rápida y suave,
 ni aun la huella que un ave,
 rozando con el ala, abre en el río.

XCI.

El noble pecho de Miguel se ensancha
 ante la airosa lancha
 que su fortuna y su ambición encierra,
 y le presta solícito el cuidado
 con que el bravo soldado
 mima y atiende á su corcel de guerra,

XCII.

Un mancebo, que estaba de atalaya,
 gritó á los de la playa:
 —¡El patrón!—Y animosa la cuadrilla
 á la dura jornada se dispuso.
 Sólo absorto y confuso
 un pescador permaneció en la orilla.